



Sala de telares en una fábrica de Cataluña

EL ALGODÓN, SU HISTORIA Y SU EMPLEO EN EL Teléfono

LA palabra algodón trae a la memoria imágenes de escenas de muchos países y de muchos siglos. La India, tierra de opulentos y fastuosos príncipes y de diversas religiones, donde las flores del algodonero matizaron de viva blancura la campiña durante miles de años; Egipto, patria del algodón más fino del mundo; América precolombiana, país de aztecas e incas, de tabaco, patatas, judías y... algodón.

Hernán Cortés lo encontró cultivado en Méjico.

Romanos y griegos recibían de la India este precioso producto. Los fenicios lo trajeron a Europa occidental, donde se hizo artículo de mucho lujo. Los ensayos que se hicieron para cultivar el algodón fueron infructuosos en Grecia e Italia, pero no en España, pues a fines del siglo II ya había plantaciones en Andalucía, y en los

siglos XI, XII y XIII los algodones de Granada competían con los de Oriente. Después fué decayendo este cultivo hasta extinguirse.

Pero la importancia grande de esta industria no empieza hasta el año 1733, en que un inglés llamado John Cay inventó una lanzadera, con la cual podían tejer los tejedores con tal rapidez que las hilanderas no daban abasto para ellos. Pero otro inglés, Highs, inventó en el año 1763 la primera máquina de hilar, con la cual quedaron equilibradas las condiciones de la lucha. Las fábricas podían suministrar al comercio todos los géneros de algodón que necesitaba. La mayor producción extendió el empleo de estos géneros. Ya no eran solamente los privilegiados de la fortuna los únicos que podían comprarlos; pero no pudieron abaratarse hasta el punto de ponerlos al alcance de las clases más bajas, por-

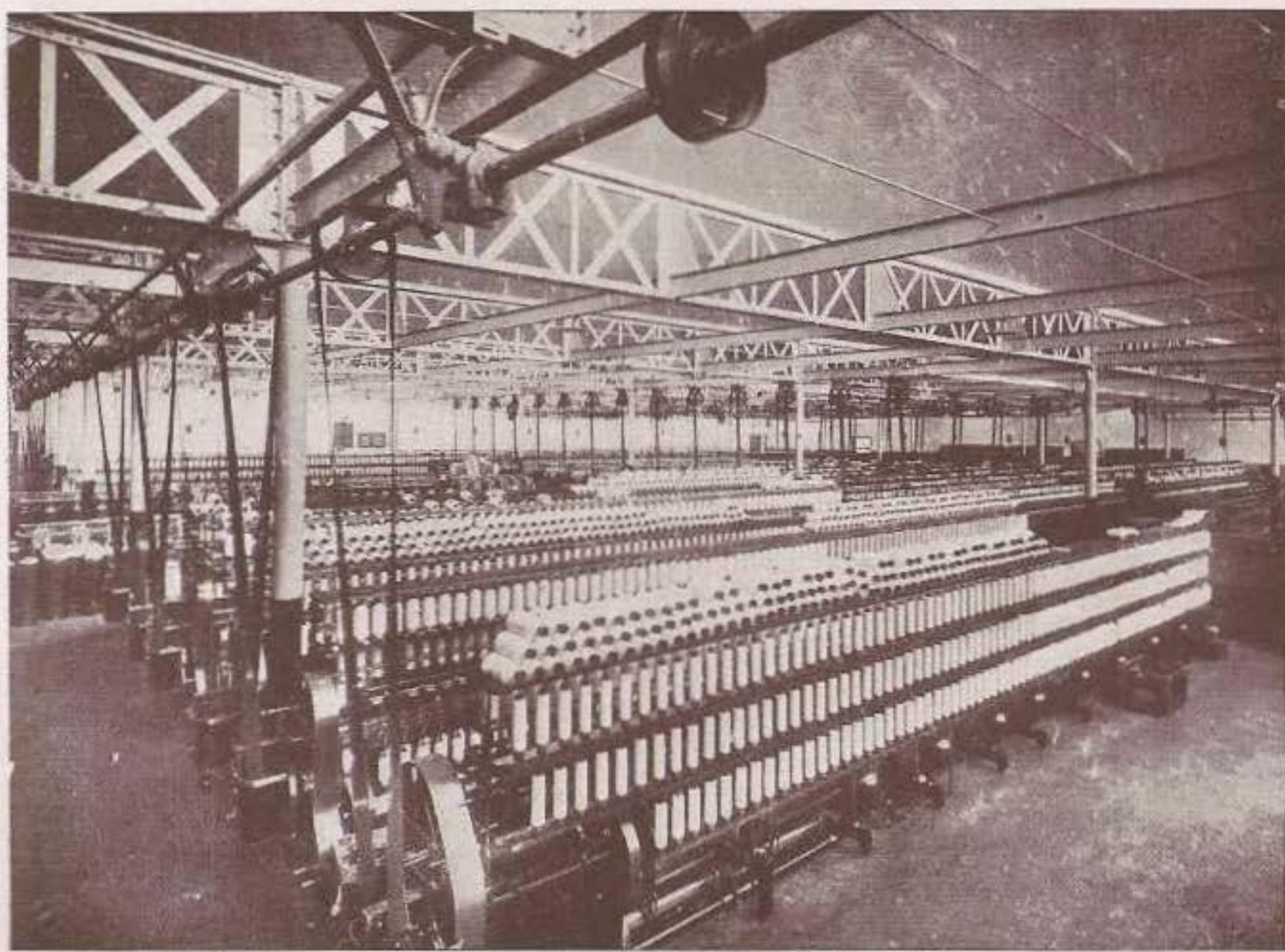
que los cultivadores no podían suministrar a las fábricas balas suficientes de algodón en bruto.

Al cabo de treinta años vino Eli Whitney a resolver el problema con el invento del almarrá, máquina de alijar, es decir, separar la simiente de la borra. Con los antiguos métodos un hombre necesitaba dos días para producir una bala. Ahora un almarrá alija 15 balas en un día.

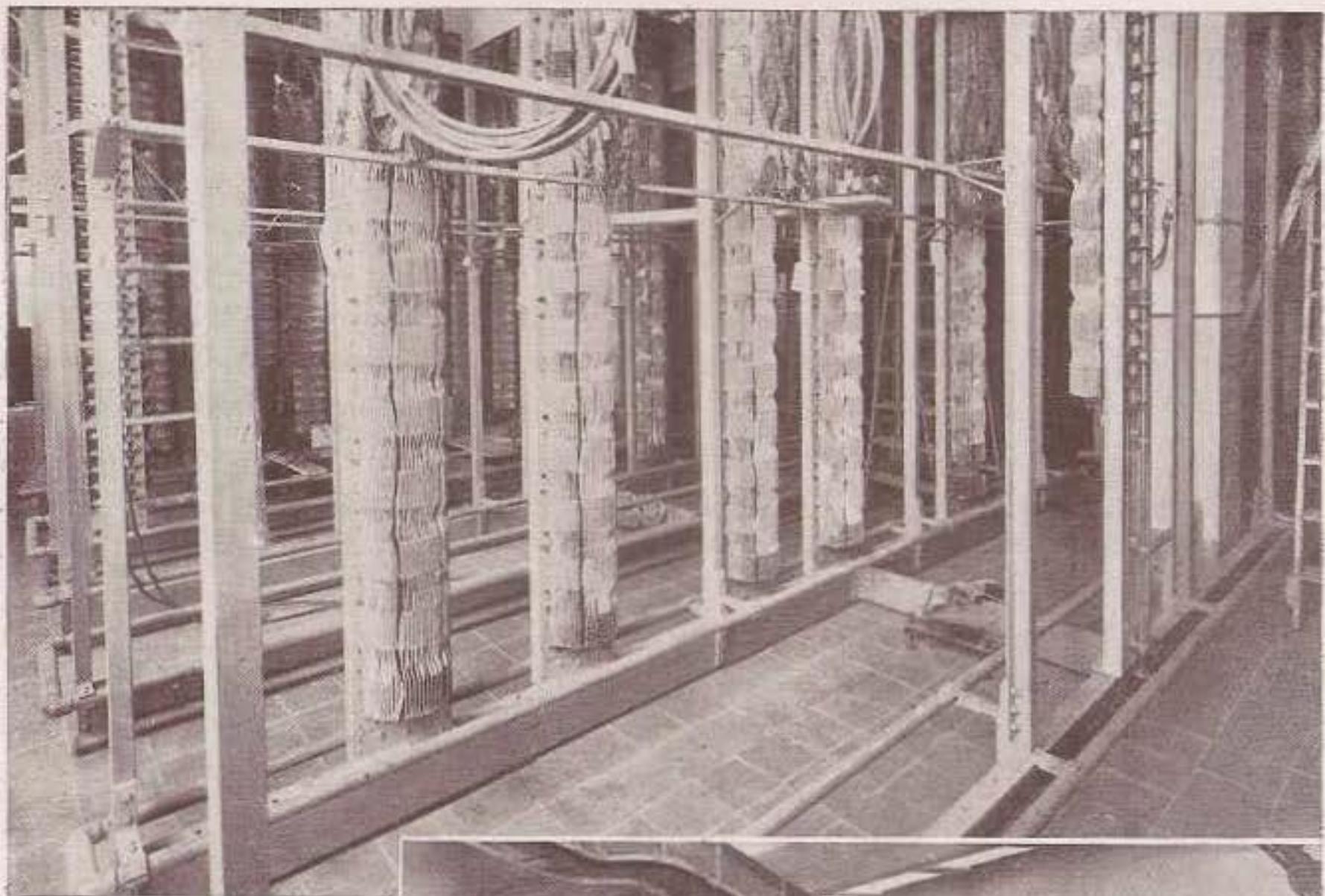
El almarrá fué una bendición para los Estados Unidos de América. Hicieronse nuevas plantaciones, y las antiguas se extendieron más. Miles y miles de husos y telares zumban y rechinan ya incesantemente en Nueva York, Pensilvania y los Estados del Sur, transformando el velloso algodón en hilaza y en telas. Multitud de barcos

dan ocupación a numerosas personas en las costas norteamericanas del Atlántico y cruzan los mares llevando balas de algodón a los centros manufactureros. De los puertos egipcios, de Calcuta y otros puntos de las Indias británicas salen también embarcaciones cargadas de balas de algodón; pero Norteamérica es el principal productor de esta preciosa planta textil, que por su inestimable valor se conoce con el nombre de oro blanco.

España no puede figurar todavía en la lista de los países cultivadores del algodonero, pero hacia ello se va. El Gobierno del nuevo régimen político viene contribuyendo eficazmente desde el principio al fomento de este cultivo, estimulando a los labradores de las fértiles tierras del mediodía de Espa-



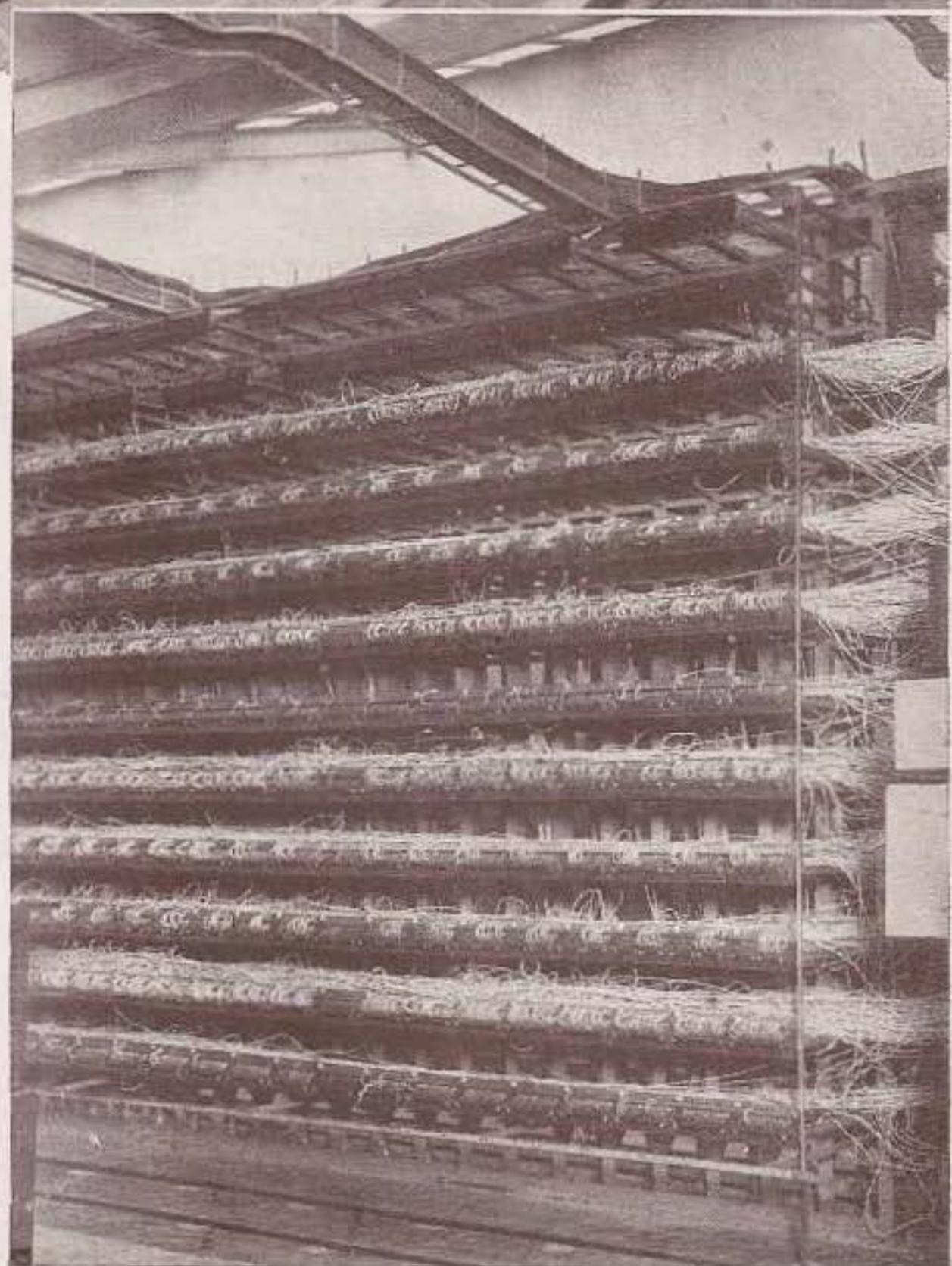
En una fábrica de Cataluña: sala de hilaturas de algodón y bobinaje



El algodón en el equipo automático

Cable-cinta para multiplicar los circuitos de los abonados sobre varias máquinas

Repartidor principal. — Lado horizontal con las regletas, donde los circuitos de los abonados aparecen por orden numérico, y desde donde, por hilos volantes, se unen a los terminales de los cables exteriores y por otros cables a las máquinas automáticas de conmutación

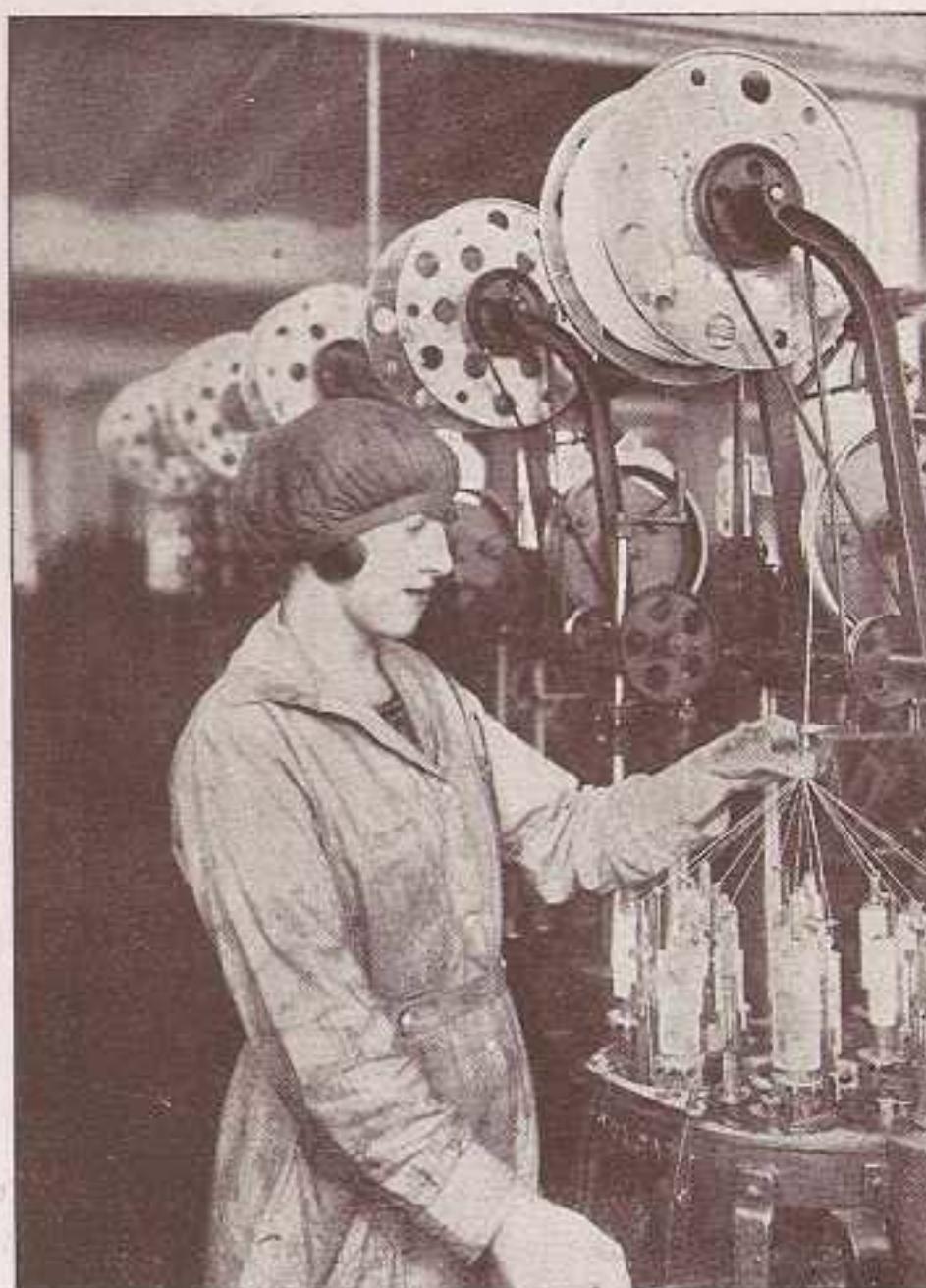


ña mediante premios que se otorgan todos los años después de cada campaña agrícola. La Comisión Algodonera del Estado es la encargada del reparto. El último, efectuado el 4 de julio del año 1928 en la factoría de Tabladilla (Sevilla), fué presidido por Su Majestad el Rey. El resultado de la campaña de 1927-28, muy superior al de los años anteriores, fué 1.607.832 kilogramos de algodón

en bruto; kilogramos de algodón fibra, 553.533; 2.670 balas fibra; 164 balas *linters*, y 968.089 kilogramos de semilla.

Un extenso campo en que el algodonero está en plena floración, es un espectáculo fascinador; áreas y hectáreas de ramaje ofrecen a la vista bellísimas hojas verdes y miles y miles de capullos blancos y de color de rosa. Conforme las flores se marchitan los capullos se van abultando y, al fin, revientan y aparece el blanco vellón.

El algodón se recoge tres veces. La cuarta parte de la cosecha en la primera recolección, la mitad en la segunda y la otra cuarta parte en la tercera. En América, los negritos que recolectan el algodón bajo un sol brillante manchan los campos de blancas flo-



En una fábrica de la Standard. Los carretes de algodón giran sin cesar alrededor de un punto ideal, para formar el cordón telefónico

res, formando un cuadro de inolvidable contraste.

Recogido el algodón, se mete en sacos y se lleva al almarrá, se alija, se prensa para formar balas y se expide a las fábricas, donde se hila y se teje. Antiguamente se tiraban las simientes del algodonero y los desperdicios del almarrá. Ahora se obtienen varios productos de ellos. El aceite de algodón ha venido a ser un sucedáneo del de

olivas en varios productos de repostería y otros usos domésticos. Con los desperdicios se hace celuloide y un explosivo llamado algodón-pólvora.

El hilo de algodón se usa, entre otras cosas, para recubrir los alambres empleados en las estaciones telefónicas particulares y en la red general de teléfonos; su rigidez protege los alambres y, aislandolos entre sí, evita que la corriente eléctrica que transporta la voz se desvíe de su camino y se pierda.

Los cordones que cuelgan del aparato telefónico son de algodón, y llevan dentro unos hilos de cobre enrosados en espiral alrededor del algodón, que les da fuerza y les permite retorcerse varias veces sin romperse.

FELIPE VILLAVERDE.